

# NOTAS SOBRE BACON Y LA POLÍTICA ACTUAL

José R. Ayesterán\*

## Resumen

Este pequeño ensayo desea aprovecharse de las esclarecedoras ideas de Bacon para pensar la coyuntura política venezolana, porque solo el hecho de que podamos identificar esos ídolos o falsos prejuicios es útil para la auténtica interpretación de la naturaleza de las cosas y, en nuestro caso, de eso que hemos llamado momento político actual.

**Palabras clave:** Bacon, ídolos del foro, prejuicios, marxismo, situación venezolana.

---

\* José Ramón Ayesterán Mujica es profesor Titular en la Universidad de Los Andes, Mérida – Venezuela. Sociólogo graduado en la UCV, en 1976. Maestría en Macroeconomía y Teoría Económica en La Universidad del Zulia, en el año 1984. Especialista en Política Económica en la Universidad Católica Andrés Bello, UCAB, Caracas, en el año 1992. -Especialista en Evaluación Económica y Social de Proyectos, en la Universidad de Los Andes, UNIANDES, Bogotá, Colombia, en el año 2000. Posee estudios de filosofía en la Maestría de Filosofía (ULA). Entre sus publicaciones se cuentan: “Nivel, estructura y determinantes de la tributación en Venezuela: 1980-2005”, Revista Fermentum, Mérida, ULA, N° 55, 2009. “Crisis y Poder: El caso del sistema financiero”, Revista Economía, Mérida, ULA, N° 11, 1996. “Análisis Costo-Beneficio. Una aplicación al análisis de los salarios petroleros colombianos”, Revista Economía, Mérida, ULA, N° 17-18, 2001-2002. (jrayester@yahoo.es).

## NOTES ON BACON AND CURRENT POLITICS<sup>1</sup>

### Abstract

This short essay wants to take advantage from Bacon's enlightening thoughts in order to comprehend the Venezuelan political situation. Identifying these "ídola" (idols) or false prejudices helps to authentic interpretation about the very nature of things and, in this case, about the present political time -as we have call it.

**Key words:** Bacon, Forum Idols (Idola Fiori), Prejudices, Marxism, Venezuelan Situation.

---

<sup>1</sup> Traducción al inglés por Gladys Portuondo.

1. Quizás leer a Francis Bacon (1561-1626)<sup>2</sup> nos ayude en la comprensión de los argumentos y los temas políticos más importantes que se esgrimen en la Venezuela contemporánea. En efecto, revisar su maravillosa clasificación de los “ídolos y las falsas nociones”<sup>3</sup> (XXXVIII, 97) que acorralan y sitian a la mente humana y le impiden el acceso a la verdad, a menos, por supuesto, que los hombres se protejan de ellos de la mejor manera posible, es un ejercicio muy útil para adentrarse en la maraña de discursos aparentemente sin sentido y contradictorios que hoy satura el ambiente político e intelectual venezolano.

Este pequeño ensayo desea aprovecharse de las esclarecedoras ideas de Bacon para pensar la coyuntura política, porque solo el hecho de que podamos identificar esos ídolos o falsos prejuicios es útil para la auténtica interpretación de la naturaleza de las cosas (I, 87) y, en nuestro caso, de eso que hemos llamado, momento político actual.

2. El primero de ellos es el grupo de manías y obcecaciones que son propios de la raza humana y que, en principio, nos hacen suponer más orden y regularidad de los que realmente existen, nos incitan a mantenernos asidos a posiciones y opiniones anteriormente mantenidas, independientemente de la manera que las hayamos adoptado. Además es la tendencia a ser “movido y afectado más por las instancias afirmativas que por las negativas” (XLVI, 101), aunque deberíamos reaccionar mucho más equilibradamente. También se caracteriza por la predisposición a dejarnos influir por los afectos y la voluntad, así como por “aquellas cosas que pueden golpear y penetrar en la mente de forma súbita y simultánea, con las cuales la fantasía acostumbra a llenarse y exaltarse” (XLVII, 102), agitando nuestra imaginación y alejándonos del buen juicio. Así mismo es la inclinación por creer en lo que nuestros sentidos nos indican de primera mano y, en el otro extremo, pero relacionado íntimamente con este, la preferencia por dar pie a las cosas o situaciones que son simplemente deseadas o imaginadas.

Como puede observarse, esta primera oleada de prejuicios a los que alude Bacon se refiere a manías u obsesiones que son propias de todos los hombres y que, seguramente, con algo de esfuerzo y atención podríamos hacer disminuir su influencia, pero que, por ser propias de la naturaleza humana, no nos está permitido escapar de ellas. Sin embargo, somos de la opinión que la consciencia de la presencia de este tipo de “ídolos”, a diferencia del resto que mencionaremos a continuación, no impide que siempre e insistentemente aparezcan.

---

<sup>2</sup> Francis Bacon, *Novum Organum*, Segunda parte, “Verdaderas directrices para la interpretación de la Naturaleza”. Alianza Editorial, Colección Libro de Bolsillo, Traducción, introducción y notas de Miguel A. Granada, Madrid, España, 1985.

<sup>3</sup> Todas las referencias se hacen de esta edición, mencionando en números romanos el aforismo y a continuación la página.

Los siguientes prejuicios son los que “más contribuyen a contaminar la pureza del entendimiento” (LIII, 105), y tienen su razón de ser en la naturaleza individual de cada uno de nosotros (ídolos de la caverna) y, en algunos otros elementos como la educación recibida, las costumbres y en la suerte. Nos inducen a atrincherarnos en nuestras propias contemplaciones o ideas, sencillamente porque son nuestras y nos generan un cierto clima de seguridad y certidumbre, sin embargo, al intentar interpretar el mundo o educar y dictar doctrina, solo deforman y trastocan las ideas con sus “fantasías previas” (LIV, 106). También existen quienes por naturaleza están más dotados para percibir y hacer notar las semejanzas, y otros, por su parte, las disimilitudes, aunque ambos tienden a los excesos o, los hay volcados a aceptar todo lo nuevo por el solo hecho de serlo o a ser admiradores de lo antiguo, y más todavía, los hay que solo se percatan de los detalles y las partes y otros que exclusivamente detectan las estructuras, tendiendo, entonces, a actitudes atolondradas y sesgadas, siendo lo adecuado apartarnos de cualquier extremo y mantener una actitud prudente y reflexiva.

Dice Bacon que los “más molestos de todos son los Ídolos del Foro” (LIX, 108). Ágora o mercado se originan en los tratos que los hombres establecen entre ellos. Juega acá un papel importante el lenguaje, debido a que los hombres tienen inclinación a confundir las palabras que usan para designar las cosas y los conceptos, y las cosas de los conceptos mismos. Es decir, los hombres tenemos una tendencia a creer que las palabras y la lengua en general son unos instrumentos que empleamos a nuestro antojo y, resulta que, por el contrario, las palabras y el lenguaje “devuelven y reflejan su fuerza sobre el entendimiento” (LIX, 108). Además, las palabras adquieren su sentido, regularmente, de aquel que paulatinamente se les adhiere en su uso por el pueblo, en su rutina más sencilla y alejada de sutilezas y perspicacias propias de las personas educadas. Pueden ser o palabras que nombran cosas inexistentes, pero que fantaseamos con las mismas, o palabras que denotan cosas, situaciones o conceptos defectuosamente definidos.

Por último se refiere a los prejuicios que más abiertamente recibimos a través de los diversos sistemas filosóficos, las teorías y sus leyes de demostración correspondientes. Los llama ídolos del teatro, porque considera a los distintos sistemas filosóficos o teorías como escenarios donde se representan pequeños mundos ficticios y disputas entre ellos. Existen tantos ídolos del teatro como sistemas filosóficos y teorías existen, sin embargo, todos se pueden reunir, a su juicio, en tres grandes grupos: los que se basan en falsos razonamientos y en la imposición de esquemas mentales preconcebidos a la realidad (sofísticos), los que se apoyan en “precipitadas y osadas” generalizaciones a partir de pocos, estrechos y oscuros experimentos que, sin embargo, las más de las veces deslumbran y generan admiración, y los puramente supersticiosos, que se fundamentan en la tradición y la mera apelación a la autoridad.

3. Aunque, políticamente electo en un país democrático bajo una constitución refrendada en referendo popular, el gobierno venezolano se reconoce como heredero y

seguidor de la llamada tradición marxista, la cual tiene, como su exponente más vívido actualmente, a la república de Cuba. Más allá de aclaratorias eruditas y algo inútiles acerca del carácter político del régimen: democrático con tintes dictatoriales, democracia viciada con signos totalitarios, y cosas así, nuestro interés es más simple, es aprovechar su declarada adhesión al marxismo para discutir algunas ideas, que a nuestro juicio, no son sino ídolos, en el sentido de Bacon, y que juegan sin embargo un papel fundamental en su justificación teórica o ideológica.

El primer ídolo que pretendemos contribuir a derribar es el de la fundamentación misma de marxista de la “revolución chavista”. No discutiremos si es o no marxista el gobierno de Hugo Chávez, sino la justificación que este le brinda. En efecto, a Chávez y a muchos otros el simple hecho de autodenominarse marxistas ya les otorga una cierta licencia o legitimidad que surge del carácter indiscutiblemente revolucionario de las ideas del viejo Marx. El centro de la discusión es, entonces, la justificación y legitimación de cualquier proceso político, por la circunstancia de autodenominarse como marxista.

Lo primero es observar que la misma discusión, ocurrida hace varias décadas en los círculos intelectuales europeos, acerca del grado de cercanía mayor o menor de una forma de gobierno a una (supuesta verdadera interpretación o a lo que verdaderamente dijo el señor Marx) forma paradigmática es, ya de por sí, una discusión viciada, que perfectamente permite encuadrarla dentro de los llamados ídolos baconianos. ¿Existe una verdadera interpretación de *El Capital*, o de los textos más abiertamente políticos de Marx<sup>4</sup>? o, como cualquier otro autor, ¿debe ser leído e interpretado por sus distintos lectores, en cada momento histórico, de acuerdo a los ídolos de la tribu, de la cueva, del foro y del teatro filosófico que a cada cual le correspondió vivir? Creemos, contra los esfuerzos de autores como J. R. Núñez Tenorio hace 30 años, o contra los funcionarios partidistas repetidores actuales de una argumentación sin sentido, que no existe ninguna interpretación verdadera de Marx, al estilo del evangelio cristiano, ni tampoco aceptamos como argumento convincente el que se diga que lo que hace falta es leerle más profundamente, con mayor conciencia o desde un punto de vista revolucionario y, con mucha menos razón suponemos que el origen de clase del lector pueda determinar el tipo de lectura y las conclusiones extraídas de ello.

Con respecto a la idea según la cual pudiera haber una verdadera interpretación de Marx, podemos empezar diciendo que ello supone que existe algo así como una esencia en los textos y que a ella no se puede acceder excepto con una cierta actitud o habilidades que, por supuesto, no se revelan sino a posteriori. Esa idea religiosa de una verdadera y única interpretación tiene resonancias justificadoras porque, nadie pide o exige una interpretación verídica si no es porque considera que hay una falsa o inadecuada. El caso es que esa impropia interpretación ha sido una experiencia histórica específica,

---

<sup>4</sup> *El Manifiesto Comunista, Las Luchas de la Clase Obrera en Francia, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, La Crítica del programa de Gotha, El Programa de Erfurt*, entre otros.

como la soviética, la china, la vietnamita o la cubana. Así, esa solicitud de fidelidad con el maestro se realiza como acto que justifica los errores cometidos, o lo que es lo mismo, como intento de explicación de por qué nos desviamos de la ruta trazada, con tanta claridad, y de una vez para siempre, por el padre de esta doctrina.

Creer que exista una cosa tal como una interpretación apropiada, verdadera o cualquier otro calificativo similar es, efectivamente, ser presa evidente, aunque con cuatrocientos años de atraso, de una cierta clase de ídolo del teatro, que se caracteriza por mezclar “la filosofía con la teología y las tradiciones derivadas de la fe y la veneración” (LXII, 112). Este tipo de pensamiento introduce formas abstractas y causas finales y primeras en sus disquisiciones, así como cierta apoteosis a los errores, resultando el entendimiento afectando hasta el punto del mal olor. Así, por ejemplo se veneran formas abstractas como la clase obrera, o su necesaria dictadura en una etapa de transición, sin realizar estudios empíricos y seguimiento real de la verdadera estructura social que existe en cada caso. De igual manera se le atribuye a la clase obrera, cual causa primera, una condición de salvadora de la humanidad, así como de conductora de los procesos de transformación desde las sociedades capitalistas hacia formas “superiores” de organización social.

De la misma forma, toda la experiencia habida, en los últimos cien años al menos, con los intentos de “aplicar” el marxismo en diversos lugares y bajo formas diversas, no se examina objetivamente, no se extraen o elaboran las conclusiones correspondientes, es la apoteosis de los errores, nuevamente, no se avanza científicamente, tampoco políticamente, y no se cambia de estrategia, ni tampoco se varía el discurso. Avergüenza oír hoy en día, en nuestro país, a jóvenes con un discurso similar al que leímos que se pronunciaba en los combates de octubre de 1917 o, quizás, hace poco más de cincuenta años en Cuba.

Por supuesto nos parece inconsecuente con un razonamiento filosófico coherente el que se pueda argumentar acerca de la necesidad de leer adecuadamente *El Capital* de Marx, debido a que hasta ahora solo lo han malinterpretado. Así, en contra de toda la investigación estructuralista, y de la filosofía del lenguaje que se ha realizado hasta ahora, todavía existen personas que creen, tal como predice el paradigma de los ídolos de la tribu, que mantenerse aferrados a posiciones que alguna vez mantuvieron, argumentando la necesidad de una verdadera lectura “en alemán”, o dentro del contexto en el que escribió Marx o, más aún, desde una posición revolucionaria o de clase es garantía de una “verdadera” interpretación del mismo.

Aquí se reúnen un conjunto de obstáculos a la comprensión real de la situación presente, o, por lo menos, a una comprensión racional, discutible y basada en evidencias. Entre otros se destacan: una visión religiosa o metafísica de una obra escrita en la que se supone subyace una “verdad” a la que solo algunos iniciados tienen acceso, una

perspectiva no crítica de la obra de Marx, a diferencia de cualesquiera otros autores en el área de la filosofía o la política, derrapando hacia una sacralización de la misma; un enfoque contrario o alérgico a la evidencia práctica o histórica acumulada en todo el siglo XX con los intentos de “aplicar” el marxismo a un país determinado al menos y, además, contraria a la inmensa, variada y profunda discusión sobre esa misma experiencia que está disponible y, por último, una orientación, que está asociada con las características anteriores, que genera una acción política y filosófica que exhuma exclusión, negación de la realidad y, sobre todo, un talante político pugnaz, antidemocrático (¿porqué debo aceptar discutir con los demás y oír sus puntos de vista si, de entrada, sé que tengo la razón y la verdad?), con tendencia a la exclusión de los que no piensan idéntico (esa idea de los traidores y de la traición en general está íntimamente vinculada a una perspectiva religiosa o, a unos ídolos del foro que idolatran ciertas palabras o conceptos), a “entender” la lucha política como una guerra a muerte y contraria a la aceptación, los acuerdos y la conciliación. En suma, a una visión totalitaria, como un cierto “modo de existencia en el cual toda consideración acerca de la realidad, la vida y las posibilidades humanas se supeditan a un único sistema de creencias, valores, verdades y principios”<sup>5</sup>.

4.- Quizás sea un desatino introducir esta discusión y, además, relacionarla o querer apoyarse en Francis Bacon para tratar de entenderla y avanzar en sus consecuencias. A nuestro juicio, a pesar de que el objetivo de Bacon es el de rescatar “el área de la mente, liberándola de aquellas cosas recibidas hasta el presente”<sup>6</sup>, es inevitable que asociemos los ídolos o prejuicios que Bacon introdujo, en su época, para pensar y entender la coyuntura política actual. Creemos que, en términos generales, el gobierno venezolano actual, y varios otros en América Latina, tienen como uno de sus fundamentos la idea esencial, o esencialista, según la cual existe algo así como una especie de forma correcta de organizar las sociedades modernas y que hasta ahora no se ha podido instaurar, salvo quizás algunas excepciones como Cuba, y ello hace que hagan esfuerzos por imponerlas.

Además, suponen que los intentos anteriores han fracasado por esta o aquella razón, principalmente por los ataques de los otros países que solo defienden sus intereses económicos, y que ellos sí lo van a lograr, no solo porque ellos sí interpretan bien al maestro, sino porque tienen una fórmula invencible, una simple apelación al voluntarismo y a la interpretación subjetiva y paranoica de la historia. En el caso venezolano, quizás la apelación a la existencia del petróleo y a la renta externa que genera su comercialización, los hace conjeturar una mayor posibilidad de éxito. Es interesante que ellos no hagan autorreflexión acerca de sus acciones y discursos y, en ese sentido, denuncian que todos los demás tienen sórdidas intensiones e inconfesables intereses, pero pareciera que hablan desde un cierto lugar angelical donde no existen los intereses

---

<sup>5</sup> Luis Vivanco, *¿Puede ser totalitario un Estado democrático?*, Revista Prisma social, Revista de Ciencias Sociales, N° 2, Junio 2009.

<sup>6</sup> Ob. Cit. Introducción de Miguel Granada, pg.14.

ni las intenciones. Es decir, trastrueque de la realidad, ningún sentido crítico y creación de fantasías en sustitución del duro y empecinado mundo real.

No solo apelan a un claro prejuicio baconiano al pensar medio religiosamente, sino que, además, creen que la realidad debe comportarse como ellos siempre han pensado o soñado y no como las evidencias señalan. Avizoran en cada momento una gran crisis del capitalismo, que se manifestaría con unos altos niveles de desempleo y conflictividad social y un convencimiento acelerado de las bondades del socialismo y, adicionalmente, un reconocimiento generalizado de su capacidad de liderazgo y visión anticipatoria, gracias, claro está, a los principios de la ciencia de la historia con los que ellos están absolutamente familiarizados.

Otro ídolo al que se aferran con pies y manos es al de la existencia de una esencia en las cosas. Así, existe un pueblo, uno y por siempre. Un socialismo, bueno y mejor que el capitalismo desde su formulación, verdadero y sin discusión. Invulnerable a los sucesos históricos, a las experiencias específicas acaecidas en países concretos, a las prácticas e historias personales de millones de personas determinadas, a las evidencias contadas, organizadas y pensadas por otros tantos miles de personas desde adentro de esos países y desde afuera. Es una especie de mito salvacionista que, apoyado en una comprensión de la política, las ciencias sociales y el hombre, que busca irremisiblemente la verdad y creen tenerla asida en sus manos, pretende “ayudar” a los pobres y desheredados del mundo en contra de sus eternos perseguidores. El mundo tiene una clave. La descubrieron y actúan en consecuencia. Ellos son los buenos y el resto debe convertirse o atenerse a las consecuencias.

En contra del inmenso consenso existente acerca de la necesidad de la prevalencia de los derechos humanos y de unas normas más o menos acordadas para que las sociedades modernas funcionen adecuadamente, aprovechando la capacidad de generar riqueza y los avances tecnológicos de las sociedades capitalistas por un lado, y la presión social en torno a la igualdad, la eliminación de la pobreza, y la urgente necesidad de que nadie sufra hoy día por falta de alimentos o acceso a la salud, por el otro. O de otra manera, que nadie sea excluido de una educación de calidad y a la participación política y ciudadana, por el otro, además de diseñar una regulación eficiente a las empresas transnacionales y al sector financiero internacional. En contra de todo lo anterior, decíamos, algunos líderes se empeñan en revivir antiguas y desgastadas ideologías y formas políticas (populismos, armamentismo y militarismo, totalitarismos y autoritarismos) y emplearlas sin análisis y crítica. Es decir, sin aprender nada de la historia. Sin aprecio de la vida humana, ya que en aras de los grandes objetivos revolucionarios qué importa uno, dos o tres mil muertos. (Por cierto que en este aspecto se dan la mano con los sectores más reaccionarios y militantes de la derecha norteamericana y mundial).

En suma, Bacon quería renovar el pensamiento científico y político de su tiempo oponiéndose a los ídolos que entorpecían su libre desarrollo. Apeló a la necesidad de realizar cuidadosas inferencias y deducciones y no apresuradas y volanderas extrapolaciones a partir de poca información y reducidos casos, sin querer que la realidad encaje en nuestras suposiciones o creencias acerca de cómo ella debería ser o funcionar, sin magia y sin verdades reveladas. Por su parte, los aprendices de brujo actuales repiten, con la desventaja de cuatro siglos de experiencia y ciencia humana, creencias y actúan políticamente como niños malcriados. Este es, a nuestro juicio, un tema al que se le puede y debe dedicar mucho más tiempo y atención.

Mérida, mayo de 2012.

